

Capítulo I

Blitz

Desde el puesto de observación del bombardero alemán, la ciudad de Londres no era más que una superficie negra atravesada por una serpenteante línea plateada. Volaban a 6.000 pies de altitud, por lo que la temperatura dentro del aparato resultaba gélida. Aun así, el joven oficial de navegación tuvo que secar el sudor que le cubría la frente. Era su primera misión. Tenía tanto miedo que las manos le temblaban mientras manejaba sus instrumentos. Pero su pesadilla no era la posibilidad de morir derribado por un caza británico, sino que sus compañeros de tripulación, todos más veteranos que él, notaran su nerviosismo. Respiró hondo y trató de serenarse. Para ello se concentró en el brillo fosforescente de sus instrumentos y en el sonido gemelo de los motores, cuyo bronco rugir producía en él un efecto sedante. Echó un vistazo

por la ventanilla lateral y, casi pegada al ala de su aparato, vislumbró la sombra de otro Heinkel He 111 de su misma unidad. Y más allá, un grupo de nubes iluminadas por la luna, presencias fantasmales en el cielo de mayo. El momento de soltar las bombas se acercaba y el corazón del muchacho comenzó a latir con fuerza. En la superficie ya se veían las llamaradas de las primeras explosiones. Una gran bola de fuego junto a la cinta plateada del Támesis marcó el impacto de una bomba incendiaria. El muchacho se ajustó los auriculares y prestó atención a las indicaciones de su panel de instrumentos. Aquel era un bombardeo prácticamente a ciegas. Las señales de radio recibidas desde el continente les habían ayudado a volar con precisión hasta el objetivo, pero no les permitirían distinguir los blancos militares de los núcleos de población civil. Aunque eso no era de su incumbencia. El joven oficial de la Luftwaffe respiró hondo y trató de no pensar en los millones de seres humanos que vivían allí abajo. Él no tomaba las decisiones, solo cumplía órdenes. Los haces de los reflectores talaraban el cielo nocturno y una línea de destellos

intermitentes le reveló la presencia de una batería antiaérea hacia el este. Por fortuna volaban alto, fuera del alcance de los obuses ingleses. De repente sus tímpanos vibraron con un silbido de alta frecuencia. El momento había llegado y su adiestramiento le permitió actuar sin vacilación, tal como había aprendido a hacerlo. Nada tenía contra los británicos, pero en sus discursos el Führer repetía que eran enemigos del pueblo alemán, y el Führer nunca mentiría. Además, el joven tripulante no entendía de política. Lo que contaba era que su dedo pulgar, como si su voluntad nada tuviera que ver con ello, acababa de presionar el botón rojo que abría las portillas del compartimento de bombas, y que instantes después media tonelada de muerte en forma de proyectil se precipitaba hacia la superficie. La primera bomba tardó unos veinte segundos en chocar contra el suelo.

* * *

A ochenta pies de profundidad bajo las calles de Londres, una muchacha llamada Laura Phillips

se estremeció al oír el estruendo lejano de una explosión. De repente su garganta se llenó con el sabor a hierro del miedo. Volvió a verse con nueve años, la edad que tenía aquel verano que pasó en la granja de sus abuelos, en Surrey, y una fuerte tormenta la sorprendió en medio del campo. Pero en esta ocasión no estaba sola al aire libre. La rodeaban miles de sus conciudadanos y se ocultaba a muchos pies bajo tierra, como un conejo atrapado en su madriguera. Tampoco eran truenos aquellas explosiones cuyo estrépito se abría paso hasta allá abajo, haciendo temblar los túneles como si la Tierra estuviera siendo pisoteada por una bestia furibunda. Aquel fragor capaz de traspasar numerosos estratos de tierra, roca y hormigón lo producían las bombas alemanas al caer sobre Londres, y el refugio subterráneo de Laura era una estación de la red metropolitana, el lugar que los londinenses conocían familiarmente como «el Tubo». El escenario y la causa eran distintos. Pero la sensación de violencia y peligro era la misma de quince años antes, cuando una niña aterrada lloraba bajo un infierno de agua y relámpagos en mitad de un prado

de Surrey. Y también el miedo era idéntico. El mismo miedo que debe de sentir un insecto a punto de ser aplastado.

Era viernes y Laura había terminado tarde su jornada de trabajo en el museo. En circunstancias normales, la muchacha habría tenido prisa por llegar a casa. El recorrido en bicicleta hasta su domicilio era largo, y el «oscurecimiento» decretado por las autoridades convertía las calles de Londres en un lugar peligroso tras la puesta de sol. La consigna era privar a los bombarderos alemanes de blancos fáciles. Por ello la ciudad debía arreglárselas sin alumbrado público, y sus habitantes habían recibido la orden de cegar las ventanas con gruesas cortinas y cartones. En cuanto a los escasos vehículos que circulaban tras la puesta de sol, casi todos ambulancias o vehículos militares, debían hacerlo casi a ciegas, con apenas unas rendijas de luz en sus faros. Al cabo de media hora Londres iba a convertirse en un lugar peligroso para los peatones y los ciclistas como ella, pero eso parecía no inquietar a Laura ni a los cientos de personas que aún transitaban por las aceras. La tarde de mayo resul-

taba agradable. El aire olía a campo y a fin de semana. La gente regresaba de Wembley tras ver ganar al Arsenal en una semifinal de Copa. Si se hacía un esfuerzo, casi se podía imaginar que aquel era un viernes como otro cualquiera que los londinenses hubieran vivido antes de septiembre del año anterior, cuando Hitler sentenció que la ciudad y los millones de personas que la habitaban debían desaparecer de la faz de la tierra. Pero la guerra era una realidad demasiado palpable, demasiado abrumadora, para ignorarla como si tal cosa. Dondequiera que Laura dirigiera la vista, allí estaban sus señales: la escasez de vehículos por el racionamiento de combustible, las pilas de sacos terreros que protegían fachadas y monumentos, el desusado número de hombres y mujeres de uniforme que circulaban por las aceras... Y, sobre todo, la ausencia de niños. Los niños de Londres habían desaparecido como si la ciudad hubiera sufrido la venganza de un malvado flautista de Hamelin. Cientos de miles de niños convertidos en refugiados, separados de sus familias y evacuados al interior del país, hasta zonas apartadas donde no fueran objetivo de las bombas

enemigas. Londres era una ciudad sin niños que cada noche sucumbía a las tinieblas.

Pero no era una ciudad sin esperanza. Hitler había dicho que Inglaterra caería en pocas semanas. Sin embargo, habían transcurrido nueve meses desde el comienzo del *Blitz* y allí seguían los londinenses, abarrotando las calles y los estadios de fútbol y tratando de que sus vidas se parecieran lo más posible a lo que habían sido antes de la guerra. Y eso encendía en Laura una pequeña chispa de optimismo. «Aquí seguimos», se dijo mientras pedaleaba, disfrutando en el rostro la caricia de la brisa de mayo. «Heridos, pero todavía en pie». Como el señor Churchill había dicho por la radio pocos días antes, «Londres es como un gigantesco animal, capaz de soportar heridas terribles, maltrecho y sangrante, pero que aún preserva su vida y su movimiento». Sí, en tardes como esta todavía era posible hallar un resquicio para la esperanza.

Y entonces comenzaron a aullar las sirenas.

Por mucho que en los últimos meses los londinenses hubieran oído casi a diario esa señal de alarma, no era posible acostumbrarse a un sonido como

aquel, tan íntimamente ligado a la muerte y a la tragedia. Era como si de pronto quedaran abiertas las puertas del infierno y a través de ellas afloraran a la tierra los bramidos de una legión de demonios. Con todo, el quejido ululante de las sirenas no provocó ninguna estampida. No hubo escenas de pánico, sino un resignado repliegue hacia el lugar seguro más próximo. Algunos usaban su propio sótano o el de sus vecinos. Otros confiaban en esos refugios prefabricados que las autoridades habían repartido entre la población y que la gente montaba en sus patios y jardines. Al igual que cientos de miles de sus conciudadanos, Laura prefería la protección que brindaban las estaciones de metro.

La muchacha consultó su reloj. Sabía que contaban con apenas diez minutos desde que las escuadrillas enemigas eran detectadas sobre el Canal hasta que la primera bomba explotaba en la ciudad. Diez minutos para poner la vida a salvo. A ella le correspondía el refugio de la estación de Islington, pero dudaba que le diera tiempo a llegar hasta allí. En cambio, estaba muy cerca de King's Cross, de modo que encaminó en esa dirección su

bicicleta, sorteando trabajosamente a la multitud que, con la resignación de un ejército de condenados, acudía a buscar el refugio subterráneo de la red metropolitana. El sonido de las sirenas se le figuró hoy más estridente que nunca, más preñado de angustia, como si el bombardeo que anunciaban no fuera a ser uno más, sino el definitivo, el que lograría convertir su amada ciudad en un desierto de cascotes, escombros y hierros retorcidos. La estación de metro quedaba muy próxima, pero la multitud se había adensado de tal forma que a Laura no le resultaba posible continuar sobre la bicicleta, así que la dejó apoyada en un muro y siguió a pie.

De repente cesaron las alarmas, pero eso no sirvió para tranquilizarla. Primero fue consciente del rumor de la multitud: voces aterradas, cuchicheos, lamentos, alguna exclamación ahogada que no se atrevía a abandonar del todo las gargantas. Después oyó a los perros, todos los perros de Londres ladrando y aullando de terror. Enseguida sonó el zumbido de los aviones, que crecía en intensidad a cada segundo, y las primeras descar-

gas de las baterías antiaéreas tronaron en la distancia. Apenas había transcurrido un minuto cuando los cañonazos sonaban ya como el redoble sostenido de un tambor. Ahora era posible distinguir el gruñido grave que producía el motor de los gigantes Junkers y Heinkel del más agudo que emitían los cazas Messerschmitt que los escoltaban. Como cualquier londinense, Laura se había convertido en una experta en distinguir las aeronaves por el sonido de sus motores, pero en esos momentos estaba demasiado aterrada para reparar en semejantes detalles. Solamente quería alcanzar el refugio de la estación de metro de King's Cross, que se encontraba al otro lado de la calle, aunque el avance de la multitud resultaba tan lento, tan exasperantemente lento, que igual podría haber estado en el otro extremo del mundo.

Las escuadrillas enemigas eran ahora visibles en el cielo crepuscular, taladrado ya por los haces de los reflectores. Y entonces comenzó a oírse ese silbido que se había convertido en preludio de la muerte: el que producían las bombas al rasgar el aire en su caída. La primera detonación sacudió a

la multitud como un mazazo. Al igual que las miles de personas que la rodeaban, Laura agachó la cabeza y se encogió de modo instintivo. Aunque tampoco esta vez hubo pánico. La población estaba bien adiestrada y todos sabían que un «sálvese quien pueda» representaba una muerte casi segura, de modo que procuraron ignorar el rugir de los aviones y las explosiones, que cada vez sonaban más cercanas, y obedecieron las instrucciones de los hombres de la defensa civil, fácilmente identificables por sus cascos y sus uniformes verdes. Laura no pudo contener un suspiro de alivio tan pronto como notó sobre su cabeza el techo protector de la estación de metro. Ahora solo quedaba desear que la amenaza terminara pronto.

Horas más tarde, pasada ya la media noche, el bombardeo continuaba con una intensidad que no se conocía desde hacía meses. Laura permanecía sentada en un banco del andén, como si esperara un tren que no llegaría jamás. Le habían entregado una manta no muy limpia y una taza de hojalata llena de un té amargo que llevaba horas frío. «¿Cuándo acabará?», se preguntaba una y otra vez.

Pero allá arriba las explosiones se sucedían a intervalos irregulares, y la sirena que habría de anunciar el final del bombardeo parecía haber enmudecido para siempre. Le habría gustado conciliar el sueño, pero resultaba difícil hacerlo en aquella penumbra densa de murmullos y de olores. Justo a su lado una pareja de ancianos dormía plácidamente sobre una colchoneta, con las manos entrelazadas y expresión apacible, como si nada les importara con tal de seguir juntos. Un poco más allá había una familia entera: un matrimonio con dos hijos adolescentes y una niña de unos diez años. Ellos llevaban ropas occidentales, pero la mujer y su hija vestían saris. Por el tono de su piel, Laura supuso que eran indios. Los padres mantenían la calma, pero los chicos miraban en todas direcciones con sus enormes ojos oscuros, aterrados, incapaces de comprender por qué los occidentales habían decidido destruir el mundo rico y cómodo en el que vivían. Algunos pasos a su derecha había tres hombres de mediana edad sentados en el suelo sobre una manta. Estaban jugando a las cartas (tal vez al póquer, por lo que Laura podía distinguir). Por su

aspecto y el acento que identificó en sus murmullos, la muchacha dedujo que eran londinenses de las zonas populares, habitantes de los barrios de Whitechapel o Limehouse, probablemente trabajadores de los muelles. El bombardeo debía de haberlos sorprendido cuando regresaban a casa después del partido. Parecían tranquilos y despreocupados, como si la partida se estuviera desarrollando en su pub favorito con una pinta de cerveza negra delante, en lugar de a muchos pies bajo tierra, mientras la calle donde habían nacido era destruida por las bombas alemanas. Porque eran precisamente los barrios obreros y la zona portuaria del este de Londres los que estaban soportando mayor intensidad de fuego. Según se decía, los nazis habían pensado que castigando a los más humildes crearían descontento y revueltas, lo que aceleraría la caída del gobierno. Casi todos los habitantes del East End habían sufrido la pérdida de amigos y parientes. Algunas familias habían perecido enteras bajo los escombros de sus casas. Pero allí estaban aquellos hombres, disfrutando de su partida, de su té frío y de sus últimos cigarrillos,

y probando con su actitud (despreocupada tan solo en apariencia) que los ingleses eran mucho más duros de roer de lo que Hitler había supuesto. A Laura le habría gustado tener un poco de su valor, pero lo cierto era que en noches como esta resultaba muy fácil sucumbir a la desesperación.

La muchacha se arrebujó en su manta y notó que las lágrimas le anegaban los ojos. Entonces vio que la anciana que estaba tendida junto a ella había despertado y la miraba con una sonrisa. Laura notó una repentina oleada de calor, pues aquella sonrisa era idéntica a la de su madre muerta varios años atrás. Sin pronunciar una palabra, la anciana parecía estar diciéndole: «No te preocupes, cariño, esto pasará y el mundo volverá a ser como antes». Laura le devolvió la sonrisa y se sintió reconfortada. Pero cuánto le habría gustado que David estuviera a su lado en este momento.

Se habían conocido dos años antes, en el verano del 39, cuando la guerra era tan solo una posibilidad remota en la que nadie creía de verdad. El profesor Phillips, el padre de Laura, prestaba sus servicios como arqueólogo para el Museo Británico

y ella se había graduado en Oxford el año anterior. Su padre le había propuesto participar en una excavación que él iba a dirigir, a lo que Laura accedió de inmediato, aunque no pudo disimular su decepción cuando supo que los trabajos no iban a tener lugar en Egipto o en Grecia o en algún otro país lejano y exótico, sino en el condado de Suffolk, a apenas cien millas de Londres. «¿Qué puede haber de interesante en Suffolk?», pensó Laura, reacia a permanecer un verano entero en el que probablemente era el sitio más aburrido del mundo. Pero el profesor Phillips la sacó de su error al revelarle que podían encontrarse en la antesala del hallazgo arqueológico más importante que se hubiera realizado en suelo inglés. Así pues, Laura se incorporó al proyecto con entusiasmo.

Entre junio y septiembre se trabajó sin descanso en Sutton Hoo, a pocas millas del mar del Norte. A primera vista no era más que un prado acribillado por madrigueras de conejo, pero lo cierto es que el paraje se consideraba un lugar mágico, y la prueba era que los habitantes de la zona trataban de evitarlo a toda costa. Se hablaba de apariciones

y de las pavorosas criaturas que rondaban por Sutton Hoo de noche en vísperas del solsticio. En el pequeño museo del pueblo cercano había una colección de objetos encontrados en el lugar: puntas de lanza, abalorios, algún pedazo de hueso... nada demasiado importante ni valioso. Con todo, el padre de Laura estaba convencido de que Sutton Hoo había sido un lugar sagrado y de que las pequeñas lomas que se observaban desde el río no eran de origen natural, sino que ocultaban alguna sorpresa. Su entusiasmo era tal que había bastado para persuadir al comité del museo, y ello a pesar de los tiempos revueltos que corrían.

No fue fácil para Laura integrarse en un equipo formado solamente por varones. Al principio todos la miraron con sorpresa. Algunos incluso pensaron que su cometido era encargarse de la cocina. Pero ella estaba acostumbrada a abrirse camino en un mundo de hombres. Todos sus profesores en Oxford lo habían sido, y también sus compañeros en la Facultad de Historia. En aquella venerable institución se admitían mujeres desde principios de siglo, pero estas siempre habían sido

una exigua minoría en comparación con los varones. A las jóvenes que decidían emprender estudios superiores se las tenía por excéntricas, futuras solteronas. Sin embargo, Laura había logrado ganarse el respeto de sus profesores y sus compañeros, y ello sin que prácticamente nadie llegara a saber que su padre era nada menos que el profesor Charles Phillips, experto en antigüedades anglosajonas y uno de los arqueólogos más reputados del país. En la excavación de Sutton Hoo, en cambio, todos sabían que aquella bonita muchacha de pelo castaño era la hija del jefe, pero se les borró la sonrisa de la cara cuando vieron a la «niñita del profesor» arriar el hombro con la misma energía que los peones de la excavación, o cuando Laura demostró que sus conocimientos de historia o arqueología podían medirse con los de cualquiera de los miembros varones del equipo. Entonces la condescendencia se tornó en recelo. Algunos empezaron a fruncir el ceño a su paso. Otros, sencillamente, se comportaban como si ella no existiera. Salvo David, claro.

Como Laura supo por sus propias palabras, la de David Stein era una historia triste, aunque en

absoluto extraordinaria en los tiempos revueltos que corrían. Él era un muchacho austriaco, el primogénito de una familia judía adinerada. Había llegado a Inglaterra el año anterior para ampliar estudios con el padre de Laura, pero el estudiante se había convertido en refugiado tan pronto como tuvo lugar el Anschluss, la anexión de Austria al Tercer Reich. Desde entonces David había seguido con preocupación las noticias que su familia le enviaba desde Viena, donde, al igual que llevaba tiempo ocurriendo en Alemania, los judíos estaban sufriendo las consecuencias del odio racial que predicaban los nazis. Por el simple hecho de profesar la religión judía, miles de ciudadanos que eran tan austriacos como el que más estaban siendo desposeídos de sus bienes y apartados de la vida pública, e incluso obligados a trasladarse a los guetos. Algunos miembros importantes de la comunidad judía habían desaparecido sin dejar rastro y sin explicación oficial, aunque todo el mundo sabía que la Gestapo y las SS estaban detrás del asunto. Comenzaba a hablarse ya de deportaciones masivas a campos de prisioneros y David empezaba a

desesperarse. Según le reveló a Laura, no sabía cómo convencer a su padre de que abriera los ojos, lo abandonara todo y, antes de que fuera demasiado tarde, viniera con su madre y su hermana adolescente a vivir con él en Inglaterra. Pero al parecer su padre era un vienés orgulloso y se negaba a abandonarlo todo y salir huyendo por culpa de aquellos matones. «Esta pesadilla pasará, hijo. Las aguas han de volver a su cauce». Eso era lo que había escrito en su última carta, que David le leyó a Laura en voz alta. Después no hubo más noticias.

Laura simpatizó de inmediato con aquel muchacho callado y melancólico que se había convertido en la mano derecha de su padre. Los primeros días le inspiraba ternura su aire de tristeza y de desamparo. Luego él le demostró su confianza al revelarle su condición de refugiado y su desesperación tras varias semanas sin noticias de su familia. Le dijo que había intentado a toda costa regresar a Viena para buscarlos, pero las organizaciones judías en el exilio le habían dicho que su pretensión equivalía a un suicidio y que se estaba haciendo lo posible por localizar a los suyos y trasladar-

los a un país seguro. Con todo, él continuaba dispuesto a realizar el viaje a cualquier precio si las noticias seguían sin llegar.

Laura poseía un fuerte sentido de la justicia y había escuchado horrorizada aquella historia. Por lo que David le había contado, Europa entera corría el riesgo de convertirse en víctima de la locura de los nazis, quienes afirmaban que todo aquel que no fuera «de pura raza aria» era un ser inferior, y que el territorio de las naciones vecinas les correspondía por derecho: *Lebensraum*, espacio vital para construir «la Gran Alemania». Austria ya había caído con la complicidad de muchos de sus habitantes, y la región occidental de Checoslovaquia formaba ahora parte del Tercer Reich. Pero David afirmaba que aquello no acabaría allí. «Después querrán anexionarse Polonia, Hungría... Luego les llegará el turno a Francia y a Gran Bretaña. Nada los detendrá. Nada». Laura encontraba exagerados los catastróficos augurios de David. Le molestaba su pesimismo, pero a la vez no podía evitar sentirse cada día más atraída por el muchacho, y se daba cuenta de que sus sentimien-

tos iban más allá de la compasión por alguien que sufría.

Le gustaba pasar en su compañía todo el tiempo posible, compartir con él los descansos del trabajo y pasear a su lado cada tarde por las calles de Woodbridge, el pueblo cercano. Lo encontraba muy atractivo, con su pelo moreno, sus ojos oscuros y su suave acento extranjero. Incluso le agradaba la ligera cojera del muchacho, secuela de una enfermedad infantil. Para Laura, David era mucho más interesante que todos los chicos ingleses que había conocido, especialmente esos jóvenes de buena sociedad que llenaban los *colleges* de Oxford, preocupados tan solo por el cricket y las regatas, y por conseguir un puesto bien remunerado en la City. David era mucho más real que todos ellos e infinitamente más romántico.

Además, notaba que tampoco ella le era indiferente al muchacho. Lo delataban las encendidas miradas que le dirigía cuando pensaba que Laura no estaba pendiente. El modo en que su cara, generalmente seria, se iluminaba al verla aparecer. El tono nervioso de su voz, las muchas atenciones

que le prodigaba... todos estos habrían sido indicios evidentes para cualquier muchacha, incluso para alguien que, como Laura, había dedicado mucho más tiempo a los libros y la arqueología que a los bailes y los chicos. Finalmente, un luminoso día de principios de julio, David se decidió a confesarle sus sentimientos. Laura sabía que iba a recordarlo toda su vida, porque fue también el día en que encontraron el barco.

Estaba justo en el lugar que su padre había previsto: bajo la más grande de las lomas que había en la zona, y que resultó ser un túmulo de origen artificial, un gran montón de tierra levantado para ocultar un enterramiento. Y lo más asombroso del asunto era el hecho de que, a modo de féretro, se hubiese usado un navío de casi noventa pies de eslora. No quedaban restos de madera, pero la cuidadosa excavación de su padre sacó a la luz las majestuosas formas del barco, que habían quedado impresas en las capas de tierra que lo cubrieron mientras la madera se pudría y desaparecía sin dejar rastro. En cambio, sí que estaban todavía en su sitio, perfectamente conservados,

todos los clavos y herrajes que en su momento mantuvieron la nave ensamblada. Aquel barco fantasma había navegado un día por el mar del Norte, y luego, aprovechando la marea alta, había remontado el río hasta Sutton Hoo, donde fue remolcado tierra adentro para convertirse en una cripta. El cuerpo allí enterrado había desaparecido, pero en los días siguientes fueron extrayendo un tesoro arqueológico como jamás se había visto en Inglaterra: vasijas, adornos de oro y plata, cofres, monedas y las armas de un rey-guerrero: escudo, coraza, armadura y casco, todo ello en metales nobles maravillosamente trabajados.

Laura no podía recordar un día más emocionante que aquel en que David le dijo que la quería y el barco vio la luz tras llevar trece siglos enterrado. «No se trata de una nave vikinga», declaró su padre tras examinar cuidadosamente los primeros hallazgos. «Debió de pertenecer a un noble anglosajón. Por el tamaño del barco y la riqueza del ajuar fúnebre, probablemente a uno de los monarcas del primitivo reino de East Anglia. Lo que hemos desenterrado hoy, amigos, es un maravillo-

so testimonio de los orígenes de Inglaterra. El barco de la Historia ha llegado hoy a puerto. Celebrémoslo».

Laura sonrió al acordarse. Aquellas frases grandilocuentes eran muy del gusto de su padre, a quien nunca había visto tan radiante. Para un enamorado del mundo antiguo como era el profesor Phillips, ¿qué podía existir más hermoso que haber escrito una página de la Historia?

Esa noche, en el pueblo, todos brindaron con champán, y después David la besó a la luz de la luna.

Pero eso parecía haber ocurrido en otra vida. Habían pasado menos de dos años desde aquel emocionante verano en Suffolk, y ahora Laura se encontraba a ochenta pies bajo tierra, escondida en una estación de metro junto con miles de sus conciudadanos, mientras el mundo de la superficie, el mundo que ella conocía y amaba, parecía bajo una tempestad de fuego. Bombardeos diarios. Todo el potencial bélico de una poderosa nación dedicado a destruir por completo una ciudad de ocho millones de habitantes, toneladas de bombas noche tras

noche, hasta que la orgullosa Inglaterra se hincara de rodillas. Hitler había denominado aquella operación el *Blitzkrieg*, «la guerra relámpago». Pero el *Blitz* (el «relámpago») se prolongaba ya durante nueve meses. El tiempo que tarda en nacer un niño era el mismo que tardaría en morir una ciudad. O eso era lo que Hitler esperaba.

Casi todos dormían ya. La familia de la India, los trabajadores de los muelles, los ancianos... Los cuerpos cubrían los corredores y andenes, y las paredes cóncavas de los túneles actuaban como caja de resonancia amplificando el sonido de las respiraciones y los ronquidos. Era como si los túneles respiraran. Esta noche la ciudad estaba allí abajo, respirando, sobreviviendo.

El pensamiento era reconfortante y Laura notó cómo se iba quedando dormida.

* * *

Y en el mismo instante en que los párpados de Laura se cerraban, un Heinkel He 111 que regresaba a su base tras completar su misión era abatido

por cazas británicos. Los Spitfires habían caído sobre el bombardero enemigo con la precisión de una manada de lobos acosando a una pieza. Y ahora el aparato se precipitaba hacia las negras aguas del Canal, trazando una estela de llamas en el cielo nocturno. Dentro de la aeronave, un joven oficial de navegación se preguntaba qué hacía él en medio de aquel infierno de ruido y humo y fuego. Y con su último destello de conciencia se vio paseando por Berlín del brazo de su novia, bajo las copas de los tilos, con la puerta de Brandemburgo recortándose al fondo.